



SIMBOLOGIA Y RESURRECCIÓN

Sr. cura, párroco, Presidente del Cabildo superior de Cofradías
Señores cofrades. Sr. alcalde, queridos vecinos y amigos:

Es para mí un auténtico honor y una alegría estar esta noche aquí para intentar brindaros unas palabras llenas de la paz y el amor que ésta hermosa ocasión requiere.

Decía que es un gran honor porque siendo este un acto religioso torreño y de los torreños me habéis elegido para representaros y ello me hace sentir casi hijo adoptivo de este hermoso rincón murciano. Y es una alegría porque como historiador que soy puedo vivenciar activamente los 205 años de la inauguración de esta iglesia que en éste momento nos acoge y cobija. En la que tantas personas han dejado lo mejor de sí mismas, durante generaciones.

Aquella noche del 31 de enero de 1796 el pueblo se iluminó, sus gentes salieron a la calle y hubo alborozo, cohetes y alegría por doquier. No obstante, ese logro fue el resultado final de una larga trayectoria anterior llena de trabajo, esfuerzos, peticiones, anhelos y desengaños, Si nos damos cuenta, un periplo parecido al que simboliza la Semana Santa: penalidades, tristezas, sufrimientos que culminan en el gran triunfo de la Resurrección. Toda una serie de actos simbólicos con los que intentamos vivenciar los días de la Pasión de Cristo.

Los pregoneros que me han precedido han ido relacionando, poética o coloquialmente, los actos religiosos de la Semana Santa en Las Torres de Cotillas con esos últimos días de la vida de Jesús, siendo capaces de ofrecernos un cuidado panorama de cómo hemos vivido nuestra semana pasional a lo largo de las últimas décadas. Nada nuevo puedo añadir a sus magníficas aportaciones, que bien alto me han dejado colocado el listón. Sin embargo, he encontrado por fortuna un resquicio, una luz, hacia la que orientar mi modesta aportación: LA SIMBOLOGÍA DE LA SEMANA SANTA Y LA ALEGRÍA DE LA RESURRECCIÓN, que espero os resulten interesantes para el intelecto y gratas al espíritu.

Como San Juan de la Cruz decía, dejemos la casa sosegada, es decir, acallemos el rumor incesante de nuestro cuerpo, el murmullo de sentimientos y pensamientos que nos aturde de continuo para que, alertas y despejados, podamos alcanzar el más profundo significado de la Semana Santa y cada uno de sus momentos renovadores. Si lo conseguimos, será como salir de la "noche oscura" en pos del Pensamiento creador con el que anhelamos entrar en armonía para una comprensión total de la vida y de nuestro destino.

De ordinario "dormimos", es decir, estamos confundidos por los sentidos, por el torbellino de existencia

que llevamos todos, por el día a día. Creemos vivir realmente, ser dueños conscientes de nuestra propia existencia, pero sólo somos actores de una gran farsa teatral en la que nos hemos creído el papel: nos sentimos profesores, carpinteros, empresarios, camareros, médicos o agricultores y la que es aún peor, todavía nos identificamos más si cabe lo que poseemos, de ahí el famoso y poco afortunado dicho: "tanto tienes, tanto vales". Pero aún existe un tercer modo de identificación: la de nuestro cuerpo. Nos miramos al espejo, vemos un cuerpo y creemos ser nosotros mismos sin ser capaces de calar bajo la ropa, la piel y ver que ese cuerpo sólo es un vestido que cubre lo importante, al Ser. Todas esas falsas creencias o identificaciones son un lastre que nos impide entender, sentir y llegar al auténtico mensaje del Cristo. Por eso, para emprender ese arduo camino es imprescindible empezar por desidentificarnos de todo lo dicho: posesiones, profesión, incluso físico y aún más allá. Con esta nueva actitud, desde esta inusual atalaya quisiera que todos juntos mirásemos con ojos nuevos esos símbolos pasionales que os decía y especialmente el significado triunfal de la resurrección.

En el fondo de nuestro corazón todos sabemos que por muy paradójica que nos resulte la idea, son los golpes que nos da la vida los que precisamente más nos enseña y enriquecen. Me contaba una cueva..., Sí, así como suena, una cueva, hace años, cuando escarbaba en sus entrañas como arqueólogo buscando huellas del hombre prehistórico que la habitó miles de años atrás, que ella se hizo grande gracias al doloroso envite de los elementos, que nació como una pequeña oquedad y fueron los continuos golpes de viento y lluvia quienes la fueron agrandando, los terremotos quienes desgajaron de ella grandes rocas, las corrientes de agua quienes esculpieron en su interior galerías y grandes salas dándole el fondo y la forma que yo conocí. Todo en este planeta nuestro se halla en continuo cambio y transformación, cuevas, paisajes, continentes, todos los seres vivos y muy especialmente el hombre.

Nuestro viento y nuestra lluvia son las pequeñas o grandes agresiones externas de todo tipo que vamos recibiendo a lo largo de las diferentes etapas de la vida, en el colegio, en el trabajo, en la calle, con los amigos, con la familia, incluso, pero si aprendemos de ellas, si afrontamos lo que nos parece desagradable o negativo y en vez de preguntarnos ¿por qué?, nos decimos ¿para qué? Si buscamos qué superar, qué aprender de la experiencia en sí sobre nosotros mismos, habremos transformado el dolor en crecimiento.

Precisamente fue eso lo que Jesús hizo con su pasión, aceptó voluntariamente el dolor y creciendo a través de él triunfó sobre el sufrimiento. El sufrimiento, en cambio, no es necesario es algo sobreañadido al dolor que podríamos evitarnos con la adecuada disposición de ánimo. De hecho, podemos aumentarlo terriblemente cuando nos sentimos víctimas y nos rebelamos contra los hechos, pero también podemos disminuirlo hasta hacerlo llevadero o imperceptible cuando afrontamos el dolor como experiencia de aprendizaje y crecimiento.

Dice un proverbio oriental que si andar descalzo te hiera los pies es más sencillo calzarte unas buenas sandalias que intentar alfombrar el mundo. No merece la pena cargarnos sobre las espaldas la inmensa tarea de cambiar el mundo y a nuestros semejantes, pero si podemos intentar seriamente cambiarnos a nosotros mismos. Lo que llamamos conversión es un proceso interno de lenta transformación que en la Cuaresma y la Semana Santa debe cobrar intensidad al hacerse más consciente. Así pues, la simbología interior o intimista de la Semana Santa podría ser la siguiente: la cuaresma es un tiempo de reflexión de introspección, de observación profunda de nuestro modo de sentir y percibir la vida, a ello ayuda el recogimiento, la abstinencia y el ayuno que le son propios como herramientas de limpieza o purificación. Una vez descubierto todo aquello de nosotros mismo

que nos desagrada, que no nos sirve, que resulta un peso inútil en el camino de perfeccionamiento que intentamos andar como cristianos, me refiero al miedo, a la soberbia, los celos, la ambición, el rencor, etc.,

Viene un fuerte propósito de cambio, de transformación. En el caso del Cristo fue el inmenso anhelo de cumplir su destino de Salvador espiritual encomendado por el Padre. Incluso a Él le resultó doloroso desprenderse de su humanidad, de su cuerpo, de su personalidad para quedar libre de toda esa rémora y poder renacer glorificado a otro estado del Ser. Nuestra pequeña pasión anual también puede ser dolorosa dependiendo de lo que nos cueste deshacernos de ese rasgo del que hayamos decidido desprendernos. Y es que a fuerza de decirnos: "yo es que soy así", hemos llegado a creérnoslo de tal manera que nos parece que todo eso es parte de nuestro ser y negarnos, deshacernos de nuestros pequeños vicios, de nuestros terribles temores, de los celos que nos torturan, de los prejuicios que nos encadenan, por más que nos hagan sufrir y queramos vernos libres, nos cuesta, nos duele terriblemente porque nos hemos identificado con ellos. Sin embargo, si aguantamos el dolor y nos despojamos de alguno de esos pesados lastres, el domingo de Resurrección con todo su simbolismo de liberación, de triunfo y transformación se habrá hecho realidad también para nosotros y el gozo y la alegría alcanzará grados nunca sospechados y nos sentiremos renovados, más fuertes y más poderosos para amar a nuestros semejantes, que al fin y al cabo es la esencia del Camino del Cristo y el objetivo por el que estamos aquí.

Así pues, cada año la rememoración de la Semana Santa es oportunidad única para zaranearnos, para sacudirnos de la somnolencia que nos invade a diario y despertar del sueño de las falsas identificaciones. Incluso la Naturaleza, con su ejemplo primaveral, se renueva y nos brinda el momento más propicio del año para empezar a mirar con ojos nuevos.

Continuando en esta línea simbólica paso a analizar la Semana, caminando de la noche al día, de lunes a domingo, de la luna hacia el sol según el simbolismo mitológico que también tiene.

Lunes-luna. Evoca con sus Fases mensuales la muerte y la Resurrección. Guía durante la Noche a los peregrinos, simboliza El principio pasivo relacionado Con la fecundidad, los Nacimientos, lo femenino. Ese Primer día pasional trae

Decepción y tristeza aunque También la esperanza de la Transformación y el crecimiento Nacimientos, lo femenino. Ese Primer día pasional trae También la esperanza de la Transformación y el crecimiento.

MARTES- Marte. La voluntad el ardor y la tensión se concentran en este nuevo día que nos muestra el rostro de la pasión y la violencia que envolverá a Jesús como protagonista. Es el triunfo de la prepotencia y la fuerza sobre el amor y la razón.

MIERCOLES- Mercurio. Día de regeneración interior, de armonización, movimiento y adaptación a lo que va a producirse, alejándonos de las seducciones externas el silencio se impone y las saetas entonan la tristeza.

JUEVES- Júpiter.

Se rompe la armonía y el diálogo. El poder guerrero se impone. Se intenta preservar la jerarquía

establecida que Jesús con su presencia hace tambalear. La sangre debe correr y ya hay alguien que voluntariamente ha aceptado ese destino, el Cristo. La mirra, amarga y aromática simboliza la pasión, por eso le fue ofrecida por los Reyes Magos y por eso está presente mezclada con el vino que le dan a beber este día en la cruz. Cuando fallece y lo descuelgan las mujeres preparan una infusión de mirra y Nicodemo utiliza mirra para embalsamar su cuerpo.

VIERNES-Venus.

La dualidad simbólica de muerte y renacimiento se hacen patentes este día. La entrega a los demás por amor, la muerte, pero con buenos presagios: la armonía, la dulzura, la belleza, el altruismo, el reino de la paz en el corazón.

SABADO- Saturno.

Los servidores mandan a los señores. El maestro, el padre está muerto. El plomo ha triunfado sobre el oro. Es el fin de un ciclo donde la mala fortuna ha triunfado; las penas y las desgracias nos ofrecen su aspecto tétrico y fúnebre. Pero Jesús ha roto las ataduras externas y materiales en provecho del espíritu.

DOMINGO-sol- renacimiento. El domingo de Resurrección se produce una eclosión de entusiasmo popular; los pasos vibran y bailan de forma arrolladora y contagiosa. Se ha producido el triunfo del cielo sobre la tierra; el triunfo del Espíritu sobre el cuerpo, los sentimientos y el pensamiento. La luz, el sol se identifica con el despertar; de hecho, el astro rey se ha asociado en muchas culturas a la manifestación de la divinidad y con la imagen del bien. El sol es el símbolo de Cristo resucitado, del Cristo triunfante de la noche y las tinieblas. La muerte ya no tiene poder sobre el Espíritu. El sol espiritual, la luz interior es a su vez símbolo de vida, fuente de calor, principio generador identificado con el padre. Es color oro, el mismo con el que se representa, como una aureola, a los seres evolucionados espiritualmente.

Para redondear este recorrido simbólico, tan sólo nos queda hablar de la semana y de sus siete días, número que ha marcado gran parte del Cristianismo. Siete fueron los días de la Creación y siete los pecados capitales. El siete es el número que simboliza la transformación, incluso nuestras células se regeneran totalmente cada siete años. También eran siete los brazos del candelabro del templo de Salomón y él mismo tardó siete años en construir dicho templo. San Jorge se ve acompañado de siete santos cuando vence al dragón. Los planetas identificados con los días de la semana tienen su correspondencia con siete arcángeles (Gabriel, Samahel, Rafael, Zachariel, Anael, Orifiel y Miguel) y siete son las jerarquías de los seres angélicos. También son siete los ciclos lunares y un septenario formaba las virtudes teologales con las cardinales y, cuando tras la tormenta, el sol triunfa, lo hace con los siete colores del arco iris. También en el Apocalipsis el número siete es una constante al hablar de iglesias, estrellas, sellos, trompetas, truenos o plagas. La toma de Jericó se hizo del séptimo día, cuando siete sacerdotes, llevando siete trompetas, dieron siete vueltas a la ciudad. Y cuando el bautismo se realizaba por inmersión en la primitiva iglesia cristiana, siete eran los escalones de descenso y siete los de ascenso de las pilas bautismales. Podríamos seguir poniendo ejemplos de la fuerza mágica y simbólica del cristianismo, pero creo que por esta noche es suficiente. Permítanme, para terminar sólo un pensamiento más, en voz alta, respecto de la simbología, la palabra y los sueños.

"Que toda la vida es sueño y los sueños, sueños son" – decía Calderón de la Barca y es que, además de soñar, soñamos que vivimos soñando y soñamos despiertos y durmiendo, aunque a la vez ambos

conceptos quedan englobados en un dormitar continuo salpicado de pequeños instantes de consciencia para volver a caer de nuevo en el pozo sin luz al que estamos acostumbrados.

Todo aquel que ha querido decir algo en sus escritos ha utilizado símiles, parábolas, alegorías, símbolos precisos. Así el que no está preparado para interpretar le sirve de historia agradable que no produce daño. Pero hemos de pasar la frontera y tratar de "ver" qué se nos quiere decir realmente, tenemos que interpretar a la luz de otros conocimientos. Hebbvel decía: "El deber más importante de mi vida es el de simbolizar mi interioridad". Así pues, podríamos decir que los símbolos son un laberinto luminoso.

En la antigüedad todos los dioses tenían un signo, un símbolo, una representación animalística y el propio cristianismo otorga otro tanto a muchos de sus santos, por ejemplo a los evangelistas.

Cualquier secta; grupo, asociación, partido político, utiliza también sus propios símbolos y claves más o menos conscientemente y eso es lo que le da fuerza. El propio mundo, tanto el interior como el exterior, son un símbolo y claves mas o menos conscientemente y eso es lo que le da fuerza. El propio mundo, tanto el interior como el exterior, son un símbolo a interpretar, a comprender... pongámonos a ello porque ése es el sentido último de nuestra existencia. Y el de la Semana Santa que desde aquí hemos pregonado a todos aquellos que han querido escuchar su anuncio.

MUCHAS GRACIAS.